

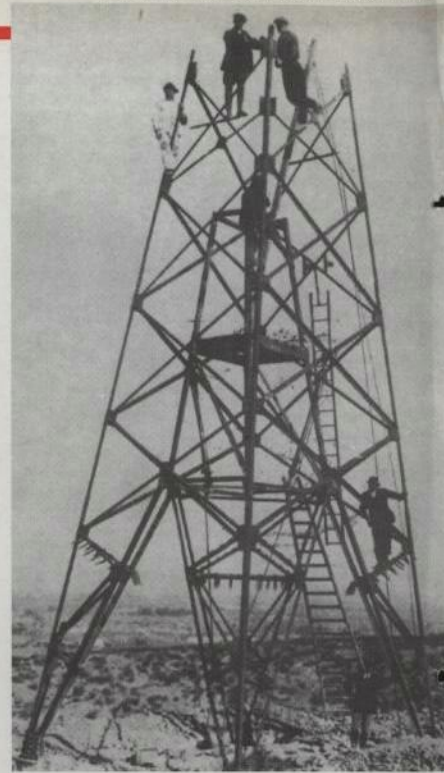


La prehistoria del petróleo

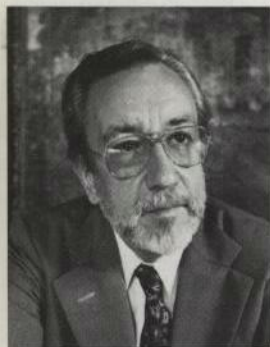
Los tiempos heroicos

Por Horacio Salas

La historia del petróleo nacional se remonta mucho más allá de aquel 13 de diciembre de 1907, cuando el trépano del pozo número dos de Comodoro Rivadavia, al alcanzar los 539 metros descubrió (utilizando palabras del telegrama enviado a la Dirección de Minas por Humberto Beghin): *kerosene de la mejor calidad*. Estas líneas cubren sólo una visión homeopática del esfuerzo de los pioneros cuyos desvelos terminaron –por lo general– en fracaso, pero cuya tenacidad merece ser recordada (aunque sea muy someramente) por su generosidad, entrega e intuición de futuro.



Una de las primeras torres de petróleo donde Ing. Carlos Fader comenzó a extraer petróleo muy buena calidad en 18



Horacio Salas es poeta y escritor. Ha publicado más de treinta libros, entre los que se cuentan: *Borges, una biografía*; *El tango*; *El Centenario y La España Barroca*. Sus obras han sido premiadas en la Argentina y el

extranjero. Ha sido condecorado por el gobierno francés con la orden de Caballero de las Letras y las Artes. Ha escrito varios trabajos sobre la historia del petróleo argentino y es miembro de la Academia Argentina de la Historia.

Cuando los arqueólogos exhumaron las ruinas de Ur, una de las más remotas civilizaciones de la Mesopotamia, donde algunos autores afirman que “comenzó la historia”, y que floreció hace cuatro mil años, varios siglos antes de la construcción de Babilonia, descubrieron que el asfalto ya era utilizado tanto para el pavimento de las calles como para cimentar edificios. En el libro de Génesis (6, 14), Dios encomienda a Noé “hazte un arca de maderas resinosas, divídela en compartimentos y calafatéala con pez por dentro y por fuera”. Con ella fue sellada también la cuna de Moisés cuando, recién nacido, fue arrojado a las aguas del Nilo. A lo largo del tiempo, la pez, producto viscoso destilado del alquitrán, se utilizó normalmente para los navíos, y aún hoy sirve en varias regiones del Mediterráneo para sellar

odres y botas destinadas a guardar vino.

En lo que actualmente es el territorio argentino, desde tiempos de la Colonia se sabía que en la región mendocina de Cacheuta brotaba de la tierra un producto oscuro que los nativos de la zona designaban con el nombre indistinto de brea, asfalto o alquitrán, y que si bien era utilizado como medicina para curar infecciones bronquiales, pronto fue reclamado desde los puertos chile-

nos para el calafateo de los navíos.

Existe documentación fechada en 1787, donde se asegura que entre las producciones minerales de la región *se puede contar el alquitrán (que) ...no viene a ser otra cosa que una especie de fusión o de materia reducida a líquido, extraído por la violenta actividad del fuego conservado dentro de los volcanes o de los fuegos subterráneos*.

La existencia del producto llegó a oídos de las autoridades de Montevideo, desde donde solicitaron a la plaza militar de Mendoza muestras de estos asfaltos para utilizarlos en los astilleros. Y en el año 1797, el general José Francisco Amigorena hizo reconocer el yacimiento del cerro Los Buitres, en la zona de San Rafael (hoy El Sosneado) y exploró personalmente el de Agua del Corral, en Cacheuta, ambos en Mendoza.

Ya a comienzos del siglo XIX, el cónsul británico Woodbine Parish, autor de uno de los volúmenes de viajes por el Río de la Plata más notables de la época, transcribe la carta del médico, botánico y geólogo escocés John Gilles, quien comenta haber visto fuentes o surtidores de petróleo; le asegura que en los lagos que forma el producto se han llegado a ahogar animales de gran tamaño, como pumas, por ejemplo.

Medio siglo más tarde, en 1858, otro viajero europeo, el francés Martín de Moussy, que anduvo de recorrida por Salta y Jujuy, fue el primero en afirmar que también en aquella zona existía petróleo que brotaba en



la superficie; le llamaba la atención que esa riqueza fuera inexplorada. Eran los tiempos en que en Estados Unidos el coronel Edwin Drake, por encargo de la Rock Oil Company, iniciaba trabajos de exploración en busca de petróleo, ya que poco antes había comenzado a utilizarse también como combustible para el alumbrado público.

Siete años más tarde, el comerciante español Leonardo Villa se presentó a la Cámara de Diputados de la provincia de Jujuy con el objeto de solicitar una autorización que le permitiera *fabricar kerosene a partir de los asfaltos jujeños*, pero el permiso le fue denegado sin demasiadas explicaciones. Con tenacidad, Villa insistió, pero ahora ante el Poder Ejecutivo Nacional, y otra vez chocó contra una negativa, en este caso porque sólo el Congreso Nacional podría otorgar el privilegio. Continuó en su esfuerzo y la Cámara decidió recurrir al químico español Miguel Puiggari para que informara sobre los componentes minerales de las muestras enviadas por Villa. El análisis fue el primero efectuado en el país sobre un producto petrolero. Luego la Cámara de Diputados se enzarzó en una discusión sobre si correspondía a la Nación o a las provincias conceder el privilegio. Y la solicitud volvió a ser denegada. Pero antes de un año, de acuerdo con las normas del Código de Comercio, se constituyó la Compañía Jujueña de Kerosene S.A., con el objeto de *explorar y elaborar el betún mineral que existe en los depósitos de la provincia*. Y la Cámara de Diputados de Jujuy otorgó por primera vez una concesión a una empresa argentina. Pero pese a los esfuerzos, la compañía no pudo siquiera dar comienzo a los trabajos de explotación.



Fotografía tomada en 1907. Integrantes del equipo perforador. En el centro, Don José Fucks, el Jefe de Sondeo.

En tanto el petróleo ganaba espacio en el mundo, también en la Argentina el presidente Sarmiento resultó un visionario, y aunque no logró que ninguna empresa se estableciera para explotar el recurso, encargó a un ingeniero y mineralogista británico, Francis Rickard, que efectuara un informe de las posibilidades del país en este sentido; sin embargo, no consiguió que la clase dirigente de la época se entusiasmara con la idea de cambiar el combustible destinado a la iluminación pública.

En 1875 el gobierno de Jujuy otorgó una concesión en la zona de Laguna de la Brea, a nombre de Teodosio López, y aunque por desconocimientos técnicos este no pudo llevar a buen término su empresa, logró en cambio que sólo un año después la provincia de Salta contara con un moderno alumbrado a kerosene.

Los esfuerzos continuaron y en 1881, la Legislatura jujeña otorgó a una sociedad presidida por el ex gobernador Teófilo Sánchez de Bustamante el derecho de fabricar kerosene en el territorio de la provincia por

el término de quince años, pero cuatro años después la empresa debió cerrar las puertas.

Otros intentos precursores se realizaron en Mendoza, donde el padre del pintor Fernando Fader, un ingeniero alemán de nombre Carlos, formó una compañía para explotar el petróleo, perforó treinta pozos y hasta construyó un oleoducto de 35 km de extensión para realizar el traslado del producto. Pero la crisis de la economía argentina y el escaso margen de ganancia de la empresa provocaron que cesara sus trabajos en 1893. Sin embargo, debe considerársela como el más completo antecedente histórico, ya que hasta llegó a instalar los cimientos de una destilería y en el momento de su cierre proyectaba ampliar sus exploraciones a las provincias de Salta y Jujuy.

Mientras tanto, el ritmo de los descubrimientos era imparable: nuevos afloramientos fueron observados en Orán (Salta) por el geólogo alemán Emilio Hünken, quien también exploró La Rioja y Catamarca en busca de yacimientos, y aunque en su informe anotaba que las posibilidades de encontrar hidrocarburos en aquellos lugares eran muy remotas *las dificultades de transporte hacen imposible cualquier negocio*. En 1901 los hermanos Luis y Hugo Loewenthal explotaron por un corto tiempo el yacimiento jujeño de Garrapatal, al tiempo que se detectaba la existencia de petróleo al sur de Neuquén, en el cerro Lotena.

La Campaña del Desierto llevada a cabo por el general Julio A. Roca a fines de la década del 70, abrió nuevas posibilidades a la Patagonia, una tierra despoblada donde todo estaba por hacer. Y aunque sólo un puñado de audaces se atrevía a trasladarse hasta aquellas soledades, se hacía preciso conocer las posibilidades de agua potable que encerraba la región. Complementario con esa necesidad, en 1904 el Poder Ejecu-





tivo dictó un decreto por el cual se disponía la realización de un mapa geológico de la República.

En ese marco legal, y dada la necesidad apremiante de que el caserío de Comodoro Rivadavia (un precario puerto para la salida de la ganadería de la zona) contara con agua, se solicitó a la División Minas, Geología e Hidrología del Ministerio de Agricultura, que enviara una perforadora, ya que era preciso acarrear el líquido desde una distancia de 25 km.

La máquina resultó inadecuada para las características de dureza del terreno y sólo pudo alcanzar una profundidad de 170 m. Aunque los trabajadores no encontraron agua, advirtieron que el agua de inyección que salía del pozo presentaba algunos rastros aceitosos, pero lo atribuyeron a algún exceso de aceites lubricantes. Era evidente que la perforadora no podría ir más allá de la profundidad que había logrado y pidieron una nueva máquina. Así llegó al puerto patagónico, un año antes del descubrimiento, la perforadora *Wenceslao Escalante*, que era una de las cuatro máquinas del sistema Fauck, que había adquirido el gobierno argentino en Austria pocos meses antes. Para manejar el artefacto viajó también el técnico alemán José Fuchs. Desde el comienzo, la obra sufrió varios retrasos debido a actos de indisciplina del personal. Por ese motivo, la Dirección de Minas decidió enviar como responsable

del proyecto, junto con Fuchs, a Humberto Beghin, un experto mecánico que se había hecho acreedor al título de excelente y férreo organizador de personal.

La empresa tuvo más de un inconveniente, ya que la primera torre fue volteada a los pocos días de su instalación por un fuerte temporal. El segundo pozo tuvo un desarrollo lento debido a la dureza del terreno, pero se siguió avanzando sin pausa. Al sobrepasar

a fines de noviembre de 1907 los 500 m de profundidad, se había llegado al límite teórico de capacidad de la *Wenceslao Escalante*; antes de abandonar la tarea y buscar un nuevo rincón de la costa patagónica donde continuar la perforación, Fuchs, bajo su responsabilidad, decidió continuar el trabajo algunos metros más con la esperanza de que la máquina aguantase el esfuerzo. Así fue cómo en la mañana del 11 de diciembre,

Fuchs y Beghin, quienes ya estaban decididos a buscar un nuevo terreno de investigación, sintieron un fuerte olor a gas de kerosene y advirtieron otros indicios que no eran de agua. El telegrama enviado ese día a Buenos Aires decía: *Comunícole señor Jefe que se cree haber dado con una napa de kerosene. Aumento en la inyección no se nota aún, pero sube toda mezclada con globitos y se siente un olor a gas de kerosene. Irá cada dos horas el estado de la perforación. Se esperan instrucciones. Se continúa perforando...* Dos días después se comprobaron las sospechas: el trépano había "roto la costra que mantenía oprimido al mineral", según se dijo entonces. Eran cerca de las ocho de la mañana del 13 de diciembre cuando Beghin se aproximó a la canaleta, hizo cuchara con las manos, las sacó cubiertas de un líquido viscoso y oscuro y exclamó, según él mismo recordaría por años: *¡Gran Dios! Encontramos kerosene!* La frase entraría en la leyenda. La historia había comenzado.

